

LA LETRA ESTÁ MUERTA

1

Al principio no le dio importancia; como cuando veía como un libro aparecía de improvisto en la mesita de noche del lado de la cama de su marido, con un punto de lectura marcando algún lugar entre su inicio y su final; o cuando notaba algunos cambios en las estanterías del comedor o del estudio: cambios en apariencia sutiles, como un hueco que de repente había sido llenado con algún libro cuyo autor o título no recordaba haber tenido antes; o finalmente, a altas horas de la madrugada, cuando la quietud parecía total y el silencio dolía, y escuchaba el ligero rumor en el estudio de alguien pasando las páginas de un libro con la inútil intención de no hacerse oír.

No creía en fantasmas, su mente era demasiado racional. Pensaba que los ruidos eran parte de la casa, y que si antes no los escuchaba, era simplemente porque la respiración de su esposo, durmiendo a su lado, se lo impedía. El problema de haber vivido siempre compartiendo su espacio era tal vez ése; no podía concebir la idea de cuántas cosas desconocía de la vida en completa soledad: cosas como aquellos extraños ruidos, como si la casa susurrara de noche, como si quisiera expresar su dolor, como *ella*, de un modo u otro, proyectando sentimientos a través de crujidos, gritando de agonía mediante un lenguaje propio, ajeno al mundo humano, desconocido, no tipificado, nunca antes estudiado. Era demasiado fácil asociar aquellos murmullos, aquellas palabras que no eran palabras, con algo casual, con algo que podía explicarse científicamente, porque sabía, porque conocía, que tantos otros sentían exactamente lo mismo cada noche: las casas estaban vivas pero al mismo tiempo *muertas*.

¿Y qué decir de los libros? Era una lectora compulsiva, como su marido. Los dos habían disfrutado de largas horas en casa, sumidos profundamente en sus respectivas lecturas, ajenos a todo excepto a ellos mismos, convertidos en receptáculos pasivos, como cuencos vacíos, porque su mente divagaba lejos, entre las brumas de alguna prosa excitante o de góticos versos. Tenían grandes cantidades de libros repartidos entre el comedor, el estudio y el dormitorio. Recientemente, su marido había decidido colocar nuevas estanterías en el corredor porque comenzaban a tener problemas de almacenaje. Por desgracia, aquellas estanterías seguían vacías, como su corazón, porque era incapaz de concentrarse de nuevo en el que había sido su bien más preciado: novelas, ensayos, biografías, obras de teatro, poemas, poesía... Todo tenía cabida entonces; todo era hermoso y todo parecía igual de excitante, sexual: sentía como las letras fluían desde las páginas de cualquier libro y penetraban en ella: entonces sentía un maravilloso éxtasis, era orgásmico. Ahora era diferente; los libros de antaño se amontonaban en aparente desorden donde siempre habían estado; los huecos no eran llenados porque no compraba nuevos libros; no recordaba realmente cuántos y de que temáticas los tenía, ni en que lugar concreto de la casa o incluso en que lugar concreto de que estantería concreta, los guardaba. Por eso sentía que algo *estaba* mal, que algo *iba* mal. Podía aceptar la idea que los ruidos no eran más que manifestaciones involuntarias y efímeras de los muebles al crujir; de alguna tubería de agua al dilatarse; de algún vecino subiendo tarde en la madrugada por la escalera, sintiéndole respirar como si estuviera justo a su lado, en la cama, como su marido lo había estado tantas y tantas noches ha. No, ¡no! Eran los libros, los libros, lo que no la dejaba dormir. Atemorizada, se torturaba pensando que era ella misma quien los leía sin saberlo, sin recordarlo, quién iba tarde a cualquier librería para comprar algún nuevo ejemplar y luego lo colocaba en algún lugar de cualquier estantería, sin darse cuenta, en trance, como enferma, enferma, ¡loca!. No podía dejar de creer que aquella era la única y verdadera explicación que podía revelar, finalmente y sin remedio, el dolor acumulado, combinado con la soledad y el llanto tan largamente ansiado. Porque no lloró; no fue capaz, ni tan siquiera cuando se llevaban a su marido en la camilla, hacia algún lugar desconocido, en aquel horrendo e insondable hospital de Sabadell, el *Taulí*. Lo vio alejarse taciturno, cubierto de aquella sábana blanca e impoluta, con los ojos húmedos de la tristeza y la certidumbre que solo los condenados a muerte son capaces de percibir; lo vio inclinándose ligeramente hacia ella, como si quisiera despedirse allí mismo, a pesar de que los

médicos todavía no lo daban por perdido. Ella quiso llorar, sintió que acaso era posible, pero al final las lágrimas no brotaron de sus ojos, no resbalaron por sus mejillas de princesa, no cayeron al suelo, no mancharon su ropa. Él ya no estaba; en aquel mismo punto donde apenas unos pocos segundos antes había habido una camilla de hospital, con su marido tumbado en ella, ahora no quedaba nada excepto un espacio vacío, infinito, terrible y cruel: ella temió no volverlo a ver. Sintió una punzada en el corazón, en su corazón, pero sabía que él estaba sintiendo lo mismo porque se amaban, se deseaban como el primer día, y la Muerte, aquella condenada hija de la gran puta, se había inmiscuido en sus vidas, sin pedir permiso, sin avisar; apareció una tarde de agosto, mientras comían; aquella condenada era demasiado cruel, sabían que poco o nada lograrían con tal de evitarla, así que se prepararon para lo peor: pero a pesar de ello, a pesar de la posible certeza de lo inevitable, a pesar de todas las horribles pruebas, a pesar de las duras sesiones de quimioterapia, de radioterapia, los oncólogos no lo daban todo por perdido, creían que podría sobrevivir, que sería capaz de vivir un poco más, hasta llegar a una edad en la que podría sentirse agradecido, satisfecho, tal vez deseoso ya, por fin, de ser reclamado por La Parca, como un amor no correspondido por demasiados años.

Se equivocaron; todos ellos, todos aquellos malditos médicos, con sus títulos, sus perfectos expedientes académicos, sus batas blancas, sus cortes de pelo, sus miradas de superioridad, soltando palabrería y más palabrería como si tan solo hablando ya fueran capaces de curar, de arrancar el mal de sus pacientes. Ella los odiaba; siempre los había odiado. No merecían ningún respeto, eran carroña, eran menos que humanos: les habían llenado la cabeza de esperanzas, de posibilidades, de un destino que no parecía tan oscuro, tan siniestro. Y, al final, como siempre, él no había regresado despierto del quirófano; había sido operado cinco veces; la última ya no pudo salir del hospital: allí quedó, en una bonita habitación desde la que podía verse la montaña, sedado a morfina, con sus ojos cerrados por siempre, respirando ligeramente, con dificultad: a veces parecía sentir un dolor terrible, entonces ella avisaba a alguna enfermera; *más morfina, más morfina, más puta morfina, aún podemos darle más, matadle por amor de dios, haced que pare de sufrir, está sufriendo, está llorando de dolor, ¿no lo veis? Malditas arpías, matadle, por favor, acabad con su vida, no es nada, ya no es mi marido, está corroído por el cáncer, su piel es amarilla, vomita trozos de carne putrefacta, ¿que demonios está vomitando? ¿Qué coño está pasando? ¡Matadle de una puta vez, matadle o yo también moriré, por Dios!*

Todo había sido en vano; ahora podía recordar las cosas que habían vivido, los momentos buenos y los malos, como siempre sucedía a tantas otras personas que perdían a un ser querido. Lo podía ver en aquella habitación del *Taolí*: aquello ensombrecía sus días en soledad, porque sabía que habían sido momentos de un dolor no manifestado en el llanto. Algo en su interior empujaba, deseaba salir, pero no podía. ¿Qué clase de portento, que clase de indocumentada sensación, impedía que su llanto brotara imparable? No era capaz de comprenderse a sí misma; sentía una pena indescriptible, inconmensurable, pero, con todo, no lloraba, No podía llorar.

Entonces empezó a asociar extrañas ideas: su incapacidad para llorar la muerte de su esposo parecía apuntar hacia alguna clase de trastorno, y aquel acaso muy probable trastorno, podía indicar el camino hacia la locura transitoria. *Los libros*, pensó, *los libros*. Por supuesto, debía de ser *ella* porque allí no había nadie más. No era su marido; los fantasmas no existían, solo los locos, los solitarios, los enfermos de cáncer que morían de una, por fin, tan ansiada sobredosis de morfina. Y los sentimientos de abandono, de pérdida infinita, de experiencia onírica mezclada con los humos de la tristeza, de ausencia del *todo* y del *cuándo*, del *yo* y del *él*, todo se difuminaba, todo parecía mezclarse, y el resultado era un lienzo de color rojo sangre y negro de muerte.

Entonces lo sospechó: *estoy perdiendo el juicio, no hay duda. ¿Qué me está pasando? Quiero llorar, pero algo me lo impide. Quiero llorarle, quiero demostrarle que lo amaba; que aún lo amo, que para mí ya nada tiene sentido si él no está a mi lado, aquí, ahora, en casa, con sus libros, con su rostro dulce, con su mirada, con su sonrisa, su cuerpo con el mío, acoplados, perfectos, sintiéndonos el uno al otro, el calor, la excitación, aquello y todo mezclado, como una intersección; sus partes que son comunes a las mías juntas en un nuevo Dominio de elementos atómicos, de partes indivisibles, en el fragor de un amor eterno...*

Pero había algo más.

No comentó nada de todo aquello con nadie porque apenas tenía amigos, y sus padres habían fallecido ya hacía muchos años. La familia de su marido siempre había sido un enigma para ella; no parecían caerse bien. Así que tuvo que soportarlo como tantas otras cosas debería comenzar a soportar: en absoluta soledad y en silencio.

En algún momento llegó incluso a sopesar la posibilidad de acudir a un psicólogo. No creía en ellos, al menos no en su totalidad, pero parecía lo más lógico que una mente corrupta podía argumentar como solución, al menos en las primeras manifestaciones de cualquiera que fuese su enfermedad mental. Pensó que podía dejar que aquello evolucionara en total libertad, al menos durante un tiempo, tal vez unas semanas o un mes, a lo sumo. Quería ver y analizar, por sí misma y sin intervenciones externas, a dónde podía conducir todo aquello: ¿a su total locura? ¿A una enajenación mental completa? ¿Moriría enloquecida? ¿Se convertiría en una especie de psicópata maníaco-depresiva obsesionada por libros, librerías y ruidos nocturnos? ¿Era ella quién se dedicaba a lo largo de algunas noches a leer, escondida de sí misma, en la quietud del estudio? Podía imaginarse echada en la cama, soñándose leyendo, mientras leía soñando que se soñaba durmiendo. Tal vez era una manifestación clara y directa de un desdoblamiento de personalidad, quizá una parte de ella era ahora una parte de lo que él había sido.

Todos los libros que encontraba, ya fuera en las estanterías o en la mesita de noche, eran eminentemente del gusto y preferencias de su esposo fallecido. Autores como *Haruki Murakami*, *H.P. Lovecraft*, *Richard Dawkins*, o del que siempre estaba hablando con franca emoción en sus ojos: *Bertrand Russell*. Por eso intuía que había algo de él dentro de ella, que parecía surgir, manifestarse, únicamente por las noches.

Una noche sintió una caricia en su mejilla izquierda. Se despertó angustiada, mirando a su alrededor como enloquecida, intentando acostumbrarse a la penumbra del dormitorio. Sombras extrañas parecían danzar al compás de una música de ultratumba que sonaba a lo lejos, proyectándose sobre las paredes de la habitación. Cuando logró encender la lámpara que tenía a su lado, en la mesilla de noche, las sombras se desvanecieron de súbito, y la música pareció fundirse con ellas: todo al unísono dejó de existir, como si jamás antes hubiera habido oscuridad, como si, de hecho, aquel dormitorio nunca hubiera conocido antes la negrura de la noche. Entonces, miró hacia el lado de la cama que solía ocupar su marido, y allí, justo sobre las sábanas blancas, donde no debería haber ni una sola arruga, todavía podía apreciarse la presión que algún cuerpo había ejercido sobre las mismas, como si hubiera estado sentado, ligeramente ladeado hacia ella, alargando un brazo con tal de acariciarle la mejilla con sus dedos intangibles. Y en la mesilla de noche, un nuevo libro, con su habitual punto de lectura, dejado allí de modo casual, *En ausencia de Blanca*, de Antonio Muñoz Molina.

Saltó de la cama asustada. Pensó que una cosa era leer y no recordar haber leído; pensó que incluso una persona terriblemente afectada por la muerte de otra podía llegar a ver cosas que solo tenían cabida en su mente; pero aquello era diferente, aquello era aterrador: llegó a sentir los dedos de un hombre, *sus dedos*, acariciándole la piel como si estuviera realmente allí, como si no hubiera muerto, como si su presencia fuera totalmente real, como las arrugas de las sábanas, como la presión ejercida sobre ellas por un cuerpo tangible, físico, un cuerpo al que se le podía aplicar las Leyes de Newton. Y eso no podía solucionarlo un psicólogo; ni tan siquiera un psiquiatra con sus fármacos inacabables. Estaba de pie, observando su propia cama desde la relativa seguridad del corredor que moría en aquel dormitorio donde antaño hubo alegría y amor sincero. Ahora parecía un lugar sombrío incluso a pesar de la luz arrojada por aquella lámpara.

Volveré de entre los muertos, de ser necesario, para terminar mis libros.

Sí; de repente lo recordó. Un día de verano, caluroso como casi todos, habían estado comprando algunos libros en *l'FNAC*, y él parecía triste. Ella lo atrajo hacia sí y lo besó

fugazmente en los labios. Él se dejó arrastrar, parecía realmente preocupado por algo. En sus manos cargaba unos cuantos libros que se disponía a comprar. Entonces lo miró a los ojos, intentado sondearle, pensando qué debía sentir que lo atormentaba tanto. A su alrededor la gente avanzaba, esquivándoles como el conductor que sorteaba un obstáculo en medio de una carretera, todo era un mar de gentío, arriba, abajo, entrando, saliendo, como una corriente marina de gran poder, mientras ellos seguían allí, quietos, observándose el uno al otro, y él parecía desear llorar, y la miraba con franco dolor en sus ojos, y ella sintió que lo quería más que a nada en el mundo, y volvió a besarlo, y los libros que él sostenía cayeron momentáneamente al suelo; el hechizo se había roto, se agacharon los dos casi al unísono para recogerlos; y entonces él le dijo aquellas palabras.

Ahora lo recordaba. Entonces, ¿era eso? ¿Era él regresando de entre los muertos para terminar de leer todos aquellos libros que el cáncer le había arrancado con crueldad? ¿Podía ser que su marido estuviera presente, de algún modo, y cada noche se dedicara a leer y a leer sin cesar, justo hasta que los primeros rayos de sol lo devolvían al Limbo del cual provenía? De repente, su terquedad a la hora de justificar las cosas más extrañas siempre desde un punto de vista absolutamente racional perdía fuelle. Sentía que tal vez todo lo que siempre había creído era fútil; allí había habido una presencia física que había entrado en contacto con ella. No más pesadillas de locura, no más razones evaluables, medibles, coherentes: solo lo imprevisible, lo abstracto, la no realidad, la no existencia, la nada, la muerte, los fantasmas. Tal vez; tal vez era todo completamente real.

- ¿Cariño?- preguntó en voz alta, de pie observando la cama.

Por lo que pareció un rato excesivamente largo, nada ocurrió. La quietud era total, el silencio de la noche parecía cubrirlo todo de soledad y miseria. Luego, poco a poco, vio como una presión era ejercida sobre la almohada donde su marido había apoyado su cabeza tantas noches atrás; vio como la almohada era ligeramente alzada y se sostenía mágicamente contra la pared, a apenas unos cuarenta o cincuenta centímetros de altura respecto de la cama. Su corazón latía desbocado de pavor, de excitación, de esperanza. Allí, justo frente a sus ojos, su marido muerto se estaba manifestando, adecuando su entorno para otra maravillosa noche de buena lectura, y ella estaba siendo testigo de aquel milagro que la ciencia no podía explicar. El libro, que hasta entonces yacía semi olvidado sobre la mesilla de noche, pareció describir una ágil parábola, y se abrió justo por la página donde se encontraba el punto de lectura. Este cayó sobre la cama, pero no llegó a tocarla, quedó suspendido en el aire, unos doce o quince centímetros por encima de la misma, sobre aquellas sábanas blancas e impolutas que desprendían un dulce aroma a jazmín.

Ella siguió de pie, inmóvil, sin saber si aquello significaba, por fin, que sus días de soledad habían terminado. Algo impedía que se acercara a la cama, que intentara tocarle, acariciarle, ver si ella podía tocar lo invisible, lo intocable, lo que no era de este mundo pero que antaño lo había sido. Pensó que era el terror atávico a lo sobrenatural, a lo desconocido, lo que la dejaba clavada en el corredor, enfrente del dormitorio, sin poderse mover, deseando moverse.

Entonces, con un movimiento brusco, las sábanas de su lado de la cama parecieron abrirse como las aguas del Mar Rojo; y ella sintió como una voz susurraba su nombre desde la lejanía del tiempo y del espacio, como si estuviera dentro de ella, en su cabeza, como una oferta, una invitación a unirse a algo, algo nuevo, algo hermoso, algo etéreo.

Despacio, despacio, avanzó hacia la cama, y a cada paso que daba una lágrima brotaba de su rostro, resbalando por sus mejillas, irritándole ligeramente la piel, manchando su ropa, cayendo sobre sus pies descalzos.

Por fin lloraba.

*Toni Castillo Girona
Cornella de Llobregat, 4/4/2009, terminado a las 19:21.*